

Miseria y misericordia

Florencia Ybañe



Capítulo 1

Miseria y misericordia

Yo era realmente joven cuando descubrí que la vida no estaba diseñada en colores pasteles.

No recuerdo como era mi madre, pero sé que ella no vivió lo suficiente como para tener el lujo de llorar mi ausencia.

La primera memoria nítida en mi mente es la de un hombre de cabello cano y aspecto desarreglado examinándome mientras yo lloraba y temblaba sin parar, un poco por frío, y mucho por el absoluto terror que me embargaba. Podía oír el llanto de muchos otros a mi alrededor.

En cuanto aquel hombre terminó su examen y me soltó, corrí como pude, con mis piernas aun inestables, hacia un rincón donde ya se agrupaban unos cuantos otros que, apretujándose entre sí, parecían querer empujarse y desaparecer a plena vista. Me uní a ellos con la misma vana e ilógica esperanza, y todos temblábamos y llorábamos tanto que nunca pude estar seguro de si los temblores que me sacudían el cuerpo eran suyos o míos.

Poco después, vimos cómo se llevaban a otros fuera de la habitación, y ya sospechábamos que nosotros éramos el rezago. Nos habían evaluado y nos habían encontrado inaceptables para lo que sea que quisieran hacer con nosotros.

Recuerdo el brillo de inocente esperanza en los ojos de unos cuantos a mi alrededor, que esperaban que nos liberaran si no les íbamos a ser útiles; también recuerdo el pánico que me inundó cuando tuve la absoluta certeza de que moriríamos por no haber pasado ese examen.

Si hubiese sabido lo que vendría, tal vez hubiese aceptado la muerte como un regalo piadoso.

Un hombre joven, de barba descuidada, apareció acompañando a mi evaluador y, tras unas palabras, un sobre y un apretón de manos, supe que estaba mirando al rostro de nuestro nuevo dueño. En mi primer acto de rebeldía, luché con todas mis escasas fuerzas para que este nuevo extraño no me llevase con él. Mis esfuerzos apenas me permitieron dejarle un rasguño en la mano, y me costaron esta pierna mala, por la que he cojeado desde entonces.

Este hombre, el monstruo en nuestras pesadillas, nos puso en celdas. Había tantos de nosotros que nos faltaba espacio para movernos. El agua que nos proporcionaba sabía extraño, y la comida era escasa y repulsiva.

Esto último no impedía que todos peleáramos por ella, una vez que el hambre se tornó feroz. Mi pierna mala siempre me ganaba lo peor.

Periódicamente, otras personas aparecían y nos miraban a través de los barrotes con morbosa curiosidad; nuestro sufrimiento los entretenía. A veces, tras evaluarnos con la mirada por largo rato, se llevaban a algunos de nosotros. Nunca los volvíamos a ver, ni oíamos de ellos, pero me gustaba pensar que cualquier lugar sería mejor que nuestra sucia prisión.

Un día, que había comenzado exactamente como cualquier otro en nuestro repetitivo infierno, Ella apareció. Al principio, famélico, deshidratado y casi inconsciente, ni siquiera la noté; fueron los gritos de nuestro captor lo que me llevó a abrir los ojos. Había hombres en uniformes negros que portaban escudos, y personas en ropas verdes con grandes letras blancas en sus pechos, con palabras que no había aprendido a leer.

Mi mirada siguió el estruendo de voces hasta caer en los ojos azulinos de la única persona que permanecía callada. Ella se movía con calma y llena de propósito, mirándome como si pudiera leer toda mi historia en mis pupilas. Tal vez podía.

Se acercó y abrió la puerta de nuestra celda; sus manos tibias acariciaron las cabezas de todos los que quedábamos, antes de levantarme con delicadeza, hasta que mi rostro estaba a la altura del suyo. Otros hombres y mujeres tomaron al resto.

Esa fue la última vez que los vi u oí de ellos pero, en mi corazón, sé que están en un lugar mucho mejor que aquella celda, como yo.

Hace ya una semana que vivo junto a Ella; con abundante comida, agua cristalina y las suaves caricias y cariñosos murmullos de mi protectora. Esta mañana tuve problemas para respirar, y una mujer vino y me evaluó, tal como aquél hombre distante de cabello cano. Una vez más me habían examinado y, si la tristeza que rodaba desde esos ojos azules era una indicación, una vez más había sido encontrado inaceptable.

Ahora el sol se está escondiendo, y Ella me tiene recostado contra su pecho, sobre su corazón, rodeado por sus tibias manos; no duele, se siente como dormirse. Extiendo mis alas levemente y por mi pico escapa mi última canción.

Ella sabe que es mi "adiós" y "gracias", y sonrío sin dejar de llorar. Que extraños pueden ser los humanos.

Parece tan injusto, tener que irme justo ahora; me pregunto si veré a mi madre, y si la reconoceré pero, más aún, me pregunto si algún día veré

esos ojos azules otra vez.

Florencia E. Ybañe.